

El paso del equilibrista

El paso del equilibrista/ Ioana Catsigyanis
–1ª ed. Buenos Aires, 2018–

ISBN 978-987-4914-04-0

© Ioana Catsigyanis
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.
huesosdejibia@gmail.com

www.huesosdejibia.com
www.facebook.com/editorial.hdj
www.instagram.com/huesosdejibia

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo
Fotografía de tapas: © Graciela Prieto

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

IOANA CATSIGYANIS
El paso del equilibrista

*Al pie del muro
un susurro de violetas, la humedad feliz
de la vida individual.*

JOAQUÍN GIANUZZI

Llego de madrugada al país de las cimas blancas:

es un bello color el blanco, el de la niebla y la luz,
y en la sala del hospital un rostro femenino se acerca
y me habla dulcemente. ¿Afuera está el mundo?
Me gusta mirar desde adentro
hacia afuera y nunca al revés. Es una ventana que cierro
súbitamente, fragmentos de impresiones ajenas
pueden entrar en las cavidades del sentimiento
y ocuparlo todo, como una transfusión,
el camino intravenoso
es más rápido que el sonido de la voz.
Un sol enorme nos recibe
en el despertar del quirófano. La luz
es el conducto por el que se pasa
de la muerte a la vida, y viceversa.

Si la enfermera me lo preguntara

le diría que sí que me quedo
en el lugar de la internada
como las otras mujeres de batas gastadas
enfermas detrás de las puertas
involuntarias
y las otras que gozan
con el olor a hospital

así no tendría la molestia de tomar el tren
(no se imagina lo lejos que vivo, doctor)
y que me pregunten el nombre al llegar,
soy la de la habitación 520
los recuerdos no se esfuman
por eso se infectan
y alguien está condenado
a girar sobre sus pasos creyendo
que va hacia algún lugar.

A lo largo de esta tarde de profunda lluvia

el ojo de quien observa tras la ventana
no sabría discernir
si es la primavera quien adelantó su paso
y tiñó de verde y frescura al árbol
que se sacude en la tormenta helada
o si es el invierno que camina penoso,
como un anciano,
y deja su estela glacial
en la luminosa tarde de abril.

Como un almanaque viejo

o un cementerio a la salida de la ciudad,
un banco con ropa sucia junto a la cama
es una nota de nostalgia en el paisaje del dormitorio que
—como ante el almanaque o el cementerio—
invita a comportamientos evasivos para no afrontar
su existencia: la mirada lo esquiva y la desidia
hace que se lo ignore,
simplemente.

La ropa, amontonada una encima de otra,
recrea el desorden de un botín de guerra
y cadáveres desinflados se apilan,
con las mangas o las piernas colgando.
El todo es tambaleante.

La sucesión de prendas evoca la semana que pasó
y el cansancio acumulado no deja lugar
a la acción

o a una toma de decisión que anuncie
si el destino adecuado es la lavadora
o si un resto de dignidad sobrevive en alguna de ellas
tal que merezca la chance de una nueva postura
antes de la llegada del día
del lavado final.

Quisiera escribir un poema

sobre esta tarde primaveral y húmeda.
Afuera gritos de familias en el parque
adentro la frescura helada y silenciosa,
sólo el ruido del crepitar de las velas.

Llego como una mendiga asustada y me siento
junto al haz de luz que pasa entre los vitrales,
observo el movimiento de las partículas de polvo
como la nieve fina de la noche
en que corrimos por el bosque,
al fondo los íconos de miradas firmes y cabellos suaves.
Nadie ruega por nosotros y en lo que resta de la jornada
el paseo entre rosales al atardecer,
olvido el poema y me uno a la cena de los que quedamos,
un momento de tregua, de alegría efímera,
como ahora y siempre.

Nos reunimos en torno a la comida caliente

en esta residencia de chicas de bajos recursos
afuera la oscuridad parece absoluta
y pienso en los pinos que deben estar ahí
bajo el viento helado
no sabemos qué será de nosotras de acá a unos años
pero que no falten ni el vino ni el tabaco en abundancia
ni tampoco unos versos de Andreas Embirikos,
con el correr de la noche
el desencanto muestra su cara festiva,
el invierno europeo nos parece de una enorme belleza
y será el azar. O no será nada.

De rodillas, al borde del acantilado, aspiro

el aire feroz del mar en tormenta,
me mareo y me horrorizan
las caras filosas y escarpadas de la roca gigante
que a lo lejos termina arrojándose al mar.
Observa cómo la planta silvestre ofrece flores
sencillas, pero de colores intensos,
y sabiamente amarrada a la roca se deja
abrasar por el sol y sacudir
por el viento a cielo abierto.
A lo lejos pasa una caravana de gitanos, benditos,
algo los lleva –no saben adónde y van–
livianos, gozando del paisaje y del reposo por las noches.
Te despiertas sobre un campo de lirios azules,
la boca salada y el pelo revuelto entre algas,
cerca de un pequeño arroyo,
entre las ramas, un bote amarrado
y alguien que espera, fumando tranquilamente.